

## ALGO QUE OCULTAR

Por: Yose Álvarez-Mesa

Ahí están, otra vez cuchicheando. Siempre me observan desde las ventanas. Noto cómo me estudian, discuten sobre mí, juzgan cada uno de mis movimientos. Noto sus miradas afiladas traspasándome, buscando una respuesta en mi interior. Noto su constante y helada presencia muy cerca, muy cerca, justo al otro lado de los visillos color vainilla...

No es fácil vivir en el centro de un observatorio. Ya estoy un poco harto de ellos, pero no hay manera de echarlos. Sospecho que no se irán hasta que se convenzan de que aquí no encontrarán lo que buscan. Por eso trato de no hacer nada que llame su atención. Y por eso, también, no he vuelto por el ático desde que aparecieron.

Sin embargo algo saben, algo intuyen, algo han averiguado. ¿Qué otra explicación podría tener su presencia? No están aquí por azar; me vigilan por una razón, y esa razón se basa en los datos más o menos fidedignos que han llegado a su poder. Otra cosa es que puedan encontrar pruebas que corroboren sus sospechas. Y mi labor consiste ahora en evitar que eso ocurra. Que duden, que sus certezas dejen de ser sólidas y se vayan esfumando entre la bruma de mi rutinaria vida.

Nunca han hablado conmigo, y me aterra pensar que en cualquier momento estalle el interrogatorio. De hecho, no entiendo por qué se limitan a observarme, ¿no sería más lógico preguntar? Están haciendo conjeturas sobre mí sin conocerme, cuando lo más fácil sería sonsacarme la información de una vez por todas y así no tendrían que pasarse las horas, los días y los meses perdiendo el tiempo en este tedioso seguimiento de mi persona.

En cuando me despierto ya noto la impaciencia de sus murmullos en el cristal, esperando que suba las persianas para ver lo que pasa en el interior. Y, como cada mañana, comienza mi actuación. Me deslizo por la casa con movimientos lentos, para que puedan ver que no tengo nada que ocultar, que no hago nada raro, que soy un tipo corriente que se afeita mientras escucha la radio y sale a desayunar como todos los días en la cafetería de su calle. Allí me tomo un buen café y un croissant con mermelada y parsimonia, porque no pasa nada, todo está bien, y ellos me observan desde los ventanales como si lo que hago fuera el preámbulo de algo importante de lo que han de ser testigos.

En la oficina hay una sola ventana que queda justo detrás de mi mesa, y durante todo el día siento sus miradas acuchillándome la nuca con sus fríos dardos. Pretenden desestabilizarme, hacerme dar un paso en falso, pero no lo van a conseguir porque el dominio que tengo sobre mí mismo es infinito. Otra persona con los nervios menos templados ya hubiera claudicado. Yo pretendo ganar esta batalla porque no me queda otro remedio: mi instinto de supervivencia así me lo ordena.

No hay un solo momento del día en que no estén tras alguna ventana: en casa, en el trabajo, en las calles, hasta en el techo de los ascensores hay pequeños ventanucos donde los he descubierto vigilándome. Es por eso que mis movimientos son muy estudiados y no hago nada que pueda parecer sospechoso; cada instante del día es una representación teatral para ese público oculto tras los cristales de todas las ventanas que me rodean, con esos miles de ojos que se mantienen a una distancia prudencial esperando tal vez la oportunidad para involucrarse plenamente en mi momento, en mi casa, en mi vida.

No lo tengo muy claro, pero es posible que en alguna ocasión hayan entrado en la casa cuando yo no estaba. Aunque también es posible que mi imaginación haya hecho de las suyas. El caso es que algunas veces, según entraba por la puerta, he notado algún imperceptible cambio en la decoración: un cuadro que se inclina hacia un lado, un doblez en una alfombra, una silla ligeramente fuera de su encuadre... Soy absolutamente ordenado y metódico, por eso cualquier variación en mi entorno despierta mi atención, pero ¿cómo estar seguro de que han sido ellos? En ocasiones he llegado a pensar que yo mismo he movido esos objetos para luego olvidarme de ello y desde mi propio subconsciente darme pie a creer que han pasado a la acción. Es uno más de los efectos colaterales de su existencia.

A veces, a oscuras, también puedo percibir su presencia. Noto que están ahí, siento su respiración cerca de mi cara, o el sonido de sus pasos amortiguados en la alfombra, o el roce de sus cuerpos contra las paredes. Entonces enciendo la luz pero ya no están, y abro la ventana y no los veo, por lo que he llegado a la conclusión de que en algún momento tienen que dormir, y que cuando duermen dejan sensores vigías de urgencia a mi alrededor para que avisen si hago algo que no debería. Así que no estoy seguro si estas sensaciones son reales, o las provocan ellos con su tecnología, o simplemente mi estado de ánimo me hace sentir cosas que no existen.

Naturalmente intento desviar su atención del ático. Por eso ni me acerco allí. Lo tengo cerrado a cal y canto, con una llave que llevo siempre conmigo, porque nadie

debe ver lo que hay en su interior. Lo he dejado abandonado, como si no existiera, hasta que los vigilantes se den por vencidos y se vayan. Tengo que convencerlos de que sus sospechas son infundadas, que no hay nada extraño en mi conducta; sólo así podré seguir haciendo mi vida como antes, lejos de centinelas que entorpezcan mis pasos, que me roben mis momentos preferidos, esos que me dan la vida.

Sé que algo saben —de lo contrario no tendría sentido este seguimiento exhaustivo de mi persona— pero no acierto a descifrar hasta dónde. Nunca me hablan, ni me piden explicaciones, ni me las dan. Tampoco les he preguntado qué demonios quieren, porque sería como evidenciar que su presencia me incomoda por sentirme culpable de algo. Prefiero hacer como que no me afecta que estén ahí, mostrarles el día a día de una persona normal que entra, sale y lleva su solitaria vida lo mejor que puede.

¿Les extrañará que no traiga mujeres a casa? Es posible que lo encuentren normal dado mi desagradable aspecto. Ni pagando se acercan a mí, he oído decir alguna vez a mis espaldas. Lo cierto es que he pagado muchas veces para poder sentirme dueño de algo: no hay como ordenar lo que quieres que te hagan y ver cómo obedecen sin rechistar en cuando sacas el dinero del bolsillo. Es una sensación de poder difícilmente comparable a nada, y es por eso que el sentir una vida en mis manos desata todo un universo posterior: llega un momento en que no distingo la pura transacción comercial y me hago dueño de esa persona hasta las últimas consecuencias. Antes hacía uso del servicio de acompañantes a domicilio, pero eso se acabó, debo evitar tentaciones ulteriores hasta que los vigías abandonen su atalaya. Desde que ellos aparecieron he de ir a comprar sexo en la calle, al amparo de la noche y los oscuros callejones del Polígono Oeste; sexo de unos minutos donde me despachan sin pudor a los ojos que asoman tras las ventanillas. Después ellas se van con unos billetes más en el bolsillo y yo me vuelvo a casa con esa momentánea sensación de poder reflejada en los ojos, y a la vez con el vacío del placer incompleto. Por eso procuro no mirarlos a ellos, para que no adivinen qué hay detrás.

En el fondo me siento importante siendo objeto de vigilancia; ya no soy la persona insignificante con una vida insignificante al que ni siquiera miran cuando se cruzan con él por la calle. Es incómodo sentirse vigilado porque no puedo hacer todo lo que quiero, pero a la vez tengo esa sensación de no ser ignorado, de que al fin soy centro de atención para alguien. Aunque el arma de doble filo me apunta a la entrepierna y me impide ser yo al cien por cien, pero este otro yo que soy ahora me está haciendo aprender muchas cosas de mí mismo. Cosas que ellos nunca sabrán.

En ocasiones he creído entender algo entre sus cuchicheos. Presiento que están cansados, que son demasiados meses de vigilancia para no hallar nada. Porque nada han podido encontrar: ni un movimiento sospechoso, ni un gesto inadecuado, ni un rastro que pudiera parecer fuera de lugar. He llegado a pensar que tal vez hubieran visto algo antes de que yo percibiese su presencia, pero de ser así ya habrían actuado. No, es evidente que los presenté en cuanto llegaron, o no seguirían al acecho.

El transcurso de cada uno de mis días es lento y pesado como andar bajo un aguacero. La lluvia no me gusta, se esfuerza en envolverme y es como si me oxidara. Me limita los movimientos y parezco un artilugio sin engrasar, cuyos engranajes chirrían con cada paso. Y así me siento desde que ellos están aquí: como si fueran lluvia que se enredara en mis pasos intentado hacerme caer. Pero yo hago por ir de frente y sin tropiezos, a ver quién puede más, a ver quién amarga a quién, quién agota a quién, quién es en realidad el que tiene la situación bajo control. Cuando voy a comer me siento en medio del restaurante para facilitarles la labor de inspeccionar mi reacción ante su vigilancia, que es siempre de indiferencia ante su asedio, como si no me importara su presencia, como si todo cuanto tuvieran que averiguar son los carbohidratos que ingiero. Las tardes las dedico a gestiones varias en la ciudad, ver a un proveedor, reunión con este u otro cliente... y todos mis movimientos son vigilados al milímetro, sin concesiones, pero en ningún momento notarán que mi ánimo decae ante el acoso, porque mientras ellos vean que no me incomoda su presencia, que no tengo nada que ocultar, hay una posibilidad de que crean haberse equivocado de persona y se vayan por donde han venido.

Claro que esto no significa que mi talante no se resienta. Y es que es ya demasiado el tiempo que llevo soportándolos. Cuando llego a casa necesito ponerme dos o tres copas para relajarme, nunca más, porque si llego a embriagarme perdería el control sobre mí mismo y podría hacer alguna tontería que desmoronase todo cuanto he logrado. Luego, tras una cena ligera y mi último cigarrillo del día, me pongo a escribir en mi novela, y ellos parecen dirigir mis dedos en el teclado, incitándome a contar todo eso que yo debería haber hecho y que los ojos incesantes me impidieron hacer. Escribo durante un par de horas y luego me acuesto, y todo vuelve a comenzar. Las escenas se suceden en mis sueños, esas que ellos nunca podrán ver porque no ocurren detrás de una ventana, sino en mi interior, dentro de mi cabeza, y cuando cierro los ojos nadie puede ver a través de mis párpados: esas ventanas son infranqueables.

Menos mal que tengo a Dorff, de lo contrario esta soledad forzosa me haría sucumbir. Aunque a veces temo que sus aullidos alerten a los espías, que ellos entiendan su lenguaje y les esté transmitiendo inconscientemente todo cuanto yo trato de ocultar. El silencio del ático le pone nervioso, y el olor cada vez menos perceptible hace que su hocico necesite hurgar más y más bajo la ranura de la puerta para poder captar los últimos efluvios que permanecen en la habitación. Él no puede controlar sus instintos, y es posible que su actitud acabe por delatarme. Debería deshacerme de él, es ya tan viejo... pero no me imagino la casa sin su presencia vagando por los pasillos en busca de lo que le estoy negando. Además Dorff es mi único apoyo, el único que sabe mi verdad, el eslabón entre mi mundo y yo. Él me espera cada mañana en la puerta del ático, incitándome a entrar. Pero no lo haré, no, no... No mientras ellos sigan aquí.